

IDENTIDADES BARRIALES Y CONFLICTOS COMUNITARIOS

José Osvaldo Dalonso

Profesor de Historia de los Medios y Teoría de la Comunicación I

Las reflexiones que siguen derivan de la lectura de entrevistas realizadas para una investigación sobre comunicación y conflictos comunitarios, en cuyo marco se desarrolló un trabajo de campo en barrios de la zona norte de Rosario.

El material empírico recogido muestra cómo, desde la narración de algunos aspectos de su convivencia, los sujetos construyen parte de su identidad con relación al conflicto, inscripto en la vida cotidiana, entendida ésta como “el ámbito concreto en que se define el modo de vida”¹.

I

Esa caracterización de Lechner puede conducir a pensar que *toda la verdad está en la vida cotidiana*, vista como opuesta al mundo del trabajo y de las instituciones políticas, ámbitos que –si se sigue ese razonamiento– se tiende a descartar como lugares desde donde los individuos también construyen su identidad.

Al respecto, el autor citado refiere al desplazamiento del conflicto “de la

esfera de la producción a la esfera del consumo” y al “distanciamiento entre los ciudadanos y las instituciones políticas”², aunque no entiende a lo cotidiano como un campo autónomo sino “dentro del conjunto de las estructuras sociales”. En ese sentido, propone situar la vida cotidiana, en el cruce de los procesos macro y microsociales.

Con ese encuadre, podemos ver a los conflictos como experiencias particulares o grupales que nos permiten observar cómo se constituyen algunos procesos macrosociales.

Así, en una disputa que se plantea en el barrio Malvinas Argentinas (ex Refinería) del norte rosarino, donde un grupo de vecinos protesta por la contaminación que producen las empresas cerealeras, podemos ver que el problema no termina en el impacto ambiental. Ese conflicto pone de manifiesto un modelo de desarrollo urbano en el que están en tensión los intereses económicos particulares y los de la población con relación al espacio público, y un modelo económico signado –entre otros aspectos– por una alta tasa de desem-

pleo.

Al respecto, un vecino minimiza la disputa por la presunta contaminación al considerar que peor sería que la empresa cerrara o se localizara en una zona alejada, ya que se perderían puestos de trabajo. De este modo, establece un orden de importancia en las necesidades y demandas de la población, y amplía los alcances –y los actores que intervienen– del conflicto de su barrio.

Respecto al cruce entre los procesos micro y macrosociales –mencionado en párrafos anteriores–, resulta interesante lo que señala Néstor García Canclini sobre los estudios de cultura urbana. Este autor plantea “la necesidad de trascender la disyuntiva entre una antropología replegada en la «autonomía» de los barrios y una sociología o estudios comunicacionales sólo capaces de hacer afirmaciones globales acerca de la ciudad y las industrias culturales”³. No obstante, sólo se pretende plantear este tema –sin dudas polémico–, ya que no hace a los alcances del presente trabajo.

II

La articulación entre procesos micro y macro sociales se opone a la idea de que la vida cotidiana es un espacio aislado, creencia que por tiempo llevó a pensarla como el lugar de lo rutinario, de lo normal, casi un espacio ideal que protegía a los individuos de los males del

mundo exterior.

Por el contrario, la vida cotidiana –según Lechner– es “un campo de lucha a la vez que un instrumento de lucha” para nada armónico, en el que –tal como muestra el material empírico– se producen disputas entre vecinos (o de vecinos con empresas, agencias del Estado o prestadores de servicios públicos), robos y los hechos de violencia.

Al respecto, Patricia Safa⁴ hace referencia a estudios que se preocupan por “buscar las convergencias, lo compartido, lo homogéneo y no la diferenciación” en el ámbito local, lo que –según esta autora– aparece más como un deber ser que como dato de la realidad. Lo cierto es que no existe una sola vida cotidiana⁵ y así lo expresan los individuos al enunciar los conflictos en los que están involucrados y que refieren a sus condiciones de vida. Mientras algunos hablan de la actividad contaminante –ruidos, gases, apropiación del espacio público– de algunas empresas, otros señalan la falta de servicios básicos –agua potable, escuelas–, o problemas con vecinos por robos menores, liderazgos territoriales o acceso a la ayuda oficial.

“Este es un barrio donde los vecinos tienen las necesidades básicas satisfechas”, apunta un vecino de Alberdi, quien al responder sobre conflictos en su barrio menciona los inconvenientes

que causa la ubicación de locales de diversión nocturna en la zona.

Un informante del barrio Malvinas Argentinas caracteriza de esta manera su lugar de residencia: “Es un barrio comercial, con un cierto nivel cultural, no es un barrio marginal de carenciados, tiene todos los servicios. No tenemos problemas en este barrio”.

Ambos entrevistados, además de hablar sobre cómo se ubican en el orden socioeconómico, también muestran al territorio como otro espacio de construcción de la identidad, aspecto a desarrollar en parágrafos posteriores.

III

El material empírico también muestra que muchos sujetos, al enunciar sus conflictos los vinculan con las condiciones económicas generales, en especial —como ya se señaló— con la desocupación. Esos entrevistados atribuyen un alto valor al hecho de tener empleo, idea que se expresa —por ejemplo— en el ya mencionado conflicto de barrio Malvinas Argentinas.

“Si cerramos todas las fábricas, porque nos traen molestias, ruido, descarga de camiones, vamos a ser una ciudad dormitorio y el obrero que tenga que trabajar va a agarrar la bicicleta y se va a Funes o a Pérez. La solución no es esa”, alerta un vecino, quien evoca como un lugar ideal el tiempo en que el barrio en cuestión “estaba lleno de obre-

ros y las calles parecían la peatonal Córdoba”.

Por otra parte, pobladores de barrios de menores recursos atribuyen los problemas cotidianos a la crisis económica y la desocupación, al afirmar que “si hubiera trabajo no pasarían estas cosas”, en alusión a robos, peleas en el espacio público, que generalmente inician jóvenes desocupados. “Los jóvenes no tienen trabajo”, insiste una entrevistada, quien también dice: “hay tantos chicos que necesitan trabajar”.

La mujer ve la inserción en el mercado laboral no sólo como una necesidad económica, sino como la posibilidad de superar la exclusión, causa —según varios testimonios— de todos los males: la violencia, la delincuencia, la drogadicción.

Por otra parte, esos mismos vecinos eligen como mejor definición de sí mismos ser trabajadores, que es sinónimo de responsabilidad, decencia, *estar dentro*. Eso justifica acciones o permite comprenderlas. “A lo mejor viene mi nena del comedorcito y me dice que la amiguita de enfrente le pegó con un palo en la cara. Yo no puedo ir a decirle a la mamá: «¡Míre!» La mamá trabaja. Yo siento que eso lo tienen que arreglar entre chicos”, señala una vecina.

En el mismo sentido, otra entrevistada, para marcar diferencias entre su hijo y otros jóvenes “que andan en cosas raras”, señala: “Mi hijo trabaja desde chico”.

Así, los sujetos consideran que las condi-

ciones económicas están por encima de ciertas disputas y, además, son la causa última de otras.

IV

Una importante cantidad de conflictos comunitarios se plantean entre vecinos y empresas –públicas o privadas– por la ausencia o mala prestación de servicios públicos, y en la actualidad tienen fuerte presencia mediática.

El material empírico muestra que tener o no agua potable, cloacas, teléfonos, plazas o escuelas públicas contribuye a construir la imagen que tienen de sí mismos y de los otros los sujetos, quienes se definen o diferencian de otros por el consumo de esas prestaciones. Al respecto, Pierre Bourdieu señala que en las “sociedades contemporáneas buena parte de la racionalidad de las relaciones se construye, más que en la lucha por los medios de producción y la satisfacción de necesidades materiales, en la que se efectúa para apropiarse los medios de distinción simbólica”⁶.

De ello dan cuenta las ya mencionadas frases: “este barrio tiene las necesidades básicas satisfechas” o “no es un barrio marginal, de carenciados, tiene todos los servicios”, que –a veces– provienen de personas que en rigor no tienen satisfechas todas esas necesidades.

En el centro de la conflictividad está también el consumo de alcohol o de drogas que aparece, por un lado, como

desencadenante de situaciones violentas y, por otro, sirven para marcar diferencias entre quienes se consideran no consumidores o moderados –implica estar al margen de esas disputas– y quienes son adictos. “Yo organizo reuniones en casa, para los muchachos pero pongo gaseosas o a lo sumo una o dos cervezas”, apunta al respecto una entrevistada.

En el mismo sentido, un vecino de Alberdi, quien aludió a conflictos generados en la nocturnidad⁷, destacó: “El problema es con las motos y con los que toman y después hacen desmanes en la zona”. Implícitamente, se reconoce lo lícito de la actividad de un local bailable⁸ y que el conflicto no es tanto con su propietario sino con quienes –entre otros– toman en exceso.

V

Los sujetos entrevistados narran conflictos localizados en su propio barrio y, al hacerlo, definen su pertenencia a un territorio reconocido, tanto por su geografía como por las relaciones que se dan en su interior. Además, acentúan esos rasgos si la otra parte (de la disputa) es externa a ese ámbito, condición que se destaca como causante del conflicto.

“Soy de Travesía”, afirma una vecina de ese barrio, quien de este modo da la primera definición de sí misma. Además, al hablar de otros y decir “son de

Travesía” los ve como pares, personas con las que no hay problemas o bien “se solucionan hablando”.

De esta manera, el barrio representa para sus habitantes una comunidad de intereses, condición que se pone de manifiesto en el momento de reclamar ante empresas prestadoras de servicios públicos o en las estrategias para acceder a la ayuda oficial. En este último caso, los vecinos no tienen inconveniente en asegurar que (sólo) piden para su barrio.

Por el contrario, el material empírico muestra cómo los sujetos marcan la diferencia con quienes no comparten el territorio. “Son de Arroyito”, afirman –por ejemplo– para referirse a personas con las que siempre hay inconvenientes, producto de una rivalidad que nació cuando dos barrios –que eran uno– se dividieron como consecuencia de una obra pública.

A esa separación la podemos entender como producto de un modelo de desarrollo urbano que tiende a desarticular comunidades de intereses, lo que debilita la capacidad organizativa de los grupos y su posibilidad de desarrollar acciones políticas.

En ese sentido, los mismos sujetos que evidencian su orgullo por pertenecer a un barrio, lamentan que a la hora de expresar sus demandas no estén unidos a los de la otra zona.

Al desaparecer la comunidad de intere-

ses, los barrios tienen desigual acceso a servicios públicos y a la ayuda oficial, a raíz de la distinta capacidad negociadora de sus vecinos, lo que potencia la rivalidad. “Son los acomodados”, dicen cuando unos reciben más que otros, al tiempo que reconocen: “Yo pido para Travesía”.

VI

Lo cierto es que en el caso aludido en párrafos anteriores la división territorial marcó el nacimiento de una rivalidad. Antiguos amigos perdieron el contacto entre ellos y sus hijos se ven como enemigos, producto del desconocimiento que conduce a la desconfianza. Ahora, todo lo malo se le atribuye a los otros: si hay un robo, seguro que fueron los del otro barrio.

No obstante, los vecinos desconocen el origen de la mayoría de los incidentes que se producen en su territorio y, cuando se los consulta en ese sentido, apenas si responden: “Por cualquier cosa se pelean”.

“Parece que se tienen que pelear, tomarse un descanso y volver a pelearse”, dice una vecina, quien alude a los recurrentes hechos de violencia que se producen entre jóvenes cada vez que juegan al fútbol en una cancha que divide –y une, al mismo tiempo– a dos barrios.

Sin embargo, el desconocimiento no conduce forzosamente a un callejón sin

salida en la posibilidad de resolución de los conflictos comunitarios, ya que algunos sujetos asumen esa ignorancia respecto del otro como una falencia que les impide terminar con los enfrentamientos.

“Yo pienso que si habláramos, si tuviéramos algún problema para estudiar, este sería un barrio más unido. Sería un lindo barrio”, sostiene un entrevistado, quien al hablar del “lindo barrio” incluye a los de un lado y a los del otro.

El valor atribuido a la necesidad de escuchar al otro para resolver los conflictos, abre las puertas a una posible intervención de terceros que acerquen a las partes, ya que también se reconoce la incapacidad para dialogar con la otra parte sin la presencia de alguien ajeno al problema.

Esto es uno de los fundamentos de la denominada resolución alternativa de conflictos (rad), que incluye –según Álvarez y Highton– a “la negociación, mediación conciliación, arbitraje tradicional y los nuevos arbitrajes”, prácticas que no contemplan “la sentencia judicial, el uso de la fuerza o el abandono del conflicto”⁹.

Este tema constituye, precisamente, el marco en el que se realizó el trabajo de campo al que referimos en estas notas, y no se desarrollará porque no hace a los objetivos de este artículo.

No obstante, en los párrafos si-

guientes vamos a esbozar algunas ideas respecto al valor atribuido a distintas instituciones en relación con los conflictos comunitarios, que refuerzan lo expuesto sobre prácticas que contribuirían a la resolución de esas disputas.

VII

La intervención de terceros en los conflictos no es garantía de solución y, en algunos casos, puede conducir a un agravamiento de la rivalidad.

Este es el caso de la policía, según señalan algunos vecinos, para quienes la denuncia en una comisaría no resuelve su problema, sino que crea otros como, por ejemplo, represalias del acusado. También se cuestiona la eficacia de los agentes, al señalar que “tienen miedo de entrar” en algunos lugares, como por ejemplo villas de emergencia.

Por otra parte, los entrevistados destacan que en la comisaría se minimizan los conflictos entre vecinos. Esto se corrobora con el testimonio de un comisario de la zona norte, quien cuestionó la supuesta costumbre de algunos vecinos que tienen “el hábito de venir (a la dependencia policial) para resolver sus controversias” y aseguró que ellos están “colapsados”, en referencia al número de denuncias y la capacidad para dar respuesta a ellas.

Esas consideraciones llevan a los sujetos a desistir de hacer una denuncia

policial –que de hecho puede ser la primera instancia de una salida judicial–, porque creen que de ese modo no van a resolver su problema.

“Las últimas dos denuncias de robo no las hice porque me parecían inútiles”, señala un informante.

Es razonable pensar que desestimar la intervención de la policía implícitamente también representa un rechazo al uso de la fuerza para resolver las controversias: llevar contra la voluntad a la comisaría a la otra parte del conflicto no parece el mejor procedimiento para su resolución.

No obstante, podemos observar que renunciar a una forma de solucionar una disputa no significa –valga la redundancia– renunciar a solucionarla, ya que los mismos vecinos sostienen que poder hablar de sus problemas significa reconocerse parte de ellos y tener voluntad para superarlos. Al hablar de sus disputas parecen decir: “nosotros nos animamos a hablar de lo que nos pasa”.

Refuerza esta idea, la siguiente expresión: “Acá se hicieron reuniones y decían que era fulano, sultano, pero no se atreven a decir yo fui, sino que tratan de perjudicar a otra persona”.

VIII

El material empírico muestra que, frente a conflictos comunitarios, tampoco resulta productivo radicar una denuncia en los tribunales. “El vecino se

siente impotente ante la Justicia”, expresa un vecino y, de este modo, denuncia lo que entiende como la ineficiencia de esa institución.

“En tribunales el trámite es demasiado complejo como para hacer una denuncia y en la policía se manifestaba demasiado impotente para resolver problemas mayores, menos iba a resolver los problemas estos, que son reglamentarios, de infracciones o faltas menores”.

Con esa afirmación, el mismo entrevistado da cuenta de lo difícil que le resulta buscar una solución “legal”.

Con mayor poder de síntesis y mucho énfasis, una vecina dice “tuvo que ir a los tribunales”, sobre una mujer, quien tras no encontrar solución en la comisaría del barrio, acudió a la Justicia.

Podemos ver como, desde su experiencia los sujetos construyen una representación de la policía y de la Justicia. Cada testimonio tiene como sustento los pasos que dieron, en algún momento, para resolver un conflicto: fueron a la comisaría y no tuvieron éxito, y luego acudieron a los tribunales donde corrieron igual suerte.

La desconfianza en instituciones oficiales se refuerza si se tiene en cuenta lo ya señalado antes al modo desigual en que –según los entrevistados– el Estado garantiza los servicios básicos odistribuye la ayuda social.

Esto refuerza la idea de que para la

comprensión de los conflictos es necesario articular las disputas puntuales con los procesos macrosociales en lugar de verlos como meros episodios. Al opinar sobre el desempeño de instituciones oficiales, los individuos ponen de manifiesto la imagen que tienen del Estado y orientan sus prácticas—demandas, por ejemplo— en relación con él.

IX

“La gente tiene una voluntad de resolver pacíficamente sus controversias”. Esa frase, que proviene de un dirigente vecinalista, machaca sobre una idea expresada con anterioridad: descartar una forma de solucionar el conflicto no significa renunciar a él. Pero, en este caso, el entrevistado avanza, porque admite que muchos pobladores del barrio llevaron sus problemas a la organización barrial, con lo que tácitamente reconocieron su legitimidad para intervenir. Sin embargo, confiesa que la vecinal “no pudo canalizar” el reclamo de unos con relación a otros y, en definitiva, el conflicto no se resolvió.

Aduce después que esa entidad no tenía poder para hacer valer sus decisiones, lo que lo lleva a pensar que “no está capacitada para resolver los conflictos”.

Pobladores de barrios de menores recursos reconocieron en los centros comunitarios un ámbito donde es posible, al menos plantear el problema. “Una

chica había tenido problemas con el marido y le dieron toda la ayuda que quiso ella, y después se juntó con el marido y de ahí no vino más”, señala una vecina al respecto.

No obstante, tiene mejores recuerdos de “la vez que vino el padre Santidrián (obviamente hablan de una visita informal) y habló con la gente”.

En principio, podemos pensar en que a menos participación “institucionalizada” de terceros, existen mayores posibilidades de intervención, lo que remite la reconocida hasta el hartazgo “crisis de representatividad” de algunas instituciones producto de su distanciamiento de los ciudadanos.

X

Un aspecto que merece una indagación especial—obviamente no en este trabajo— es el discurso referido a los conflictos entre personas que comparten el territorio, vale decir del mismo barrio. Al respecto, es bueno destacar—tal como señala Safa— que la territorialización no pasa por criterios políticos administrativos sino por “la manera como lo delimitan, lo piensan y lo viven” los sujetos¹⁰.

Así, puede considerarse “del barrio” a una persona que vivió en ese lugar durante muchos años y se mudó recientemente; o a un comerciante que lo transita durante largas horas, pese a residir en otra zona.

Por el contrario, se llega a ver como a un extraño a quien habita desde hace poco en ese barrio y, por sus ocupaciones, no participa de las relaciones sociales que se dan en él.

Así, los conflictos en el interior del barrio son aquellos que los individuos reconocen como tales, más allá de las jurisdicciones –seccionales policiales, vecinales, entre otras– que se establecen desde áreas del estado.

No obstante, a los entrevistados les cuesta asumir esas situaciones. “No hay problemas, o se resuelven hablando”, señala una mujer, quien agrega: “No esperamos que nos roben de otro barrio, los que cometen delitos, los que viven en otro lado”, dice un entrevistado.

Sin embargo, en esa “comunidad de intereses” atravesada por “los procesos macrosociales” existen los conflictos.

Un caso que puede graficar esta afirmación es la disputa –ya mencionada– que se planteó por la supuesta actividad contaminante de una empresa en el barrio Malvinas Argentinas. Ese conflicto causó divisiones entre vecinos que tenían puntos de vista opuestos sobre el tema.

En los testimonios, las partes de esa nueva disputa buscan diferenciarse entre sí a partir del nivel socio económico –“¿qué puede opinar si tiene un chalet impresionante?”, dice un poblador– o

de los años de residencia en la zona.

“Hace más de treinta años que vivo acá”, afirma un entrevistado, frase que le sirve para legitimar su opinión sobre el conflicto.

En otro ámbito, la misma mujer que había asegurado que entre vecinos no había problemas ahora apunta que los incidentes “empezaron cuando comenzó a venir gente de otro barrio”. Los dos últimos testimonios citados se pronuncian en el mismo sentido: hay una diferencia entre “los históricos” y “los recién llegados”.

XI

La mención al tiempo de residencia en un barrio es también parte la necesidad que tienen los sujetos de establecer diferencias entre presente y pasado. A este último se lo ve como un lugar ideal donde la convivencia era armónica, a diferencia del presente signado por los conflictos. “Esas cosas antes no pasaban”, dicen cada vez que mencionan algún problema comunitario.

La *invención del pasado* es otro de los recursos que tienen los sujetos para construir su identidad, aunque les cueste ubicarlo con precisión: algunas veces parece remoto, en otras reciente.

En el pasado se depositan las ilusiones negadas en el presente: el pleno empleo, la convivencia pacífica en la familia y entre vecinos, la inexistencia de agresiones o robos.

En cambio, en el presente está la desocupación, la inseguridad –“a mi hija de catorce años no la puedo mandar a hacer un mandado”, dice una mujer–, la violencia y la falta de solidaridad. Este último aspecto se expresa, en las ya referidas estrategias –no exentas de deslealtades– que se dan los sujetos para acceder a la ayuda oficial, o en los robos “sólo para hacer daño”.

“Ahora todos los barrios están mal”, señala una entrevistada, quien reconoce que las “cosas antes eran distintas” y dice: “Yo comparo cómo se criaron mi hijo mayor y mi hijo menor”.

Luego, detallará que los jóvenes podrían recorrer las calles y no sufrían robos o provocaciones, a diferencia del tercero de sus hijos a quien no lo deja salir o bien –para garantizarle entretenimiento– organiza reuniones en su casa, donde aún puede controlar la situación: que no haya peleas ni que se beba en exceso.

El pasado, en los enunciados de los entrevistados, resulta un orden natural cuya cotidianeidad era armónica. Hoy se rompió ese (¿presunto?) equilibrio. Las preguntas sobre qué, cómo y por qué se quebró esa etapa ideal y perdida vuelve a lo planteado en todo el texto: la articulación de esa cotidianeidad en un contexto macrosocial, que los propios sujetos establecen. “Lo que pasa que el ritmo de vida que llevan”, dice una mujer para justificar las razones de

actitudes conflictivas de vecinos. Se refiere a muchos hijos y desempleo, una combinación poco fortuita.

XII

“Soy trabajador”. “Soy de Travesía”. “Vivo acá desde hace muchos años”. “Tenemos todos los servicios”. “No bebo”. “Mis hijos trabajan”. “Con mis vecinos no hay problemas”.

En singular o en plural, los sujetos buscan delimitar quiénes son y, al mismo tiempo, quién es el otro o quiénes son los otros, y en esa diferenciación construyen su identidad.

¿Cómo saber si lo dicho forma parte de lo real o de lo imaginario? La pregunta es y deja de ser importante, porque –aún de no ser ciertos todos o parte de los testimonios– lo dicho constituye el “deber ser”, la manera en que los sujetos desean que ocurran las cosas y que también hace a su identidad.

Desde esa perspectiva, los sujetos orientan y legitiman sus prácticas, las que en algunos casos los lleva a entrar en conflicto con otros. La percepción de esa relación –real o imaginaria– puede ser el punto de partida para su resolución, en la medida que se reconozca que ese *otro* también *tiene su percepción de la relación* y la puede manifestar.

De esta manera es posible empezar a construir relaciones sociales más justas y lograr que el lugar utópico deje de ser el pasado y vuelva a ser el futuro.

Bibliografía

Bourdieu, Pierre. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Editorial Taurus. Madrid, 1998.

Frutos, Susana, Guisasola, Marisa y Dalonso, José. *La construcción significativa de la noche*. En Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación, Año 1996/7, Volumen 2

García Canclini, Néstor. *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Editorial Grijalbo. México, 1995.

Lechner, Norbert. *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Fondo de Cultura Económica. México, 1995.

Safa, Patricia. *De las historias locales al estudio de la diversidad en las grandes ciudades: una propuesta metodológica*. En *Globalización e identidad cultural*. Rubén Bayardo, Mónica Lacarrieu, compiladores. Ediciones Circus. Buenos Aires, 1997.

Vellegia, Susana. *Identidad, comunicación y política en el espacio urbano. Los nuevos mitos*. En *Globalización e identidad cultural*. Rubén Bayardo, Mónica Lacarrieu, compiladores. Ediciones Circus. Buenos Aires, 1997.

Notas.

1 Lechner, Norbert. *Los patios interiores de la democracia*. Subjetividad y política. Fondo de Cultura Económica. México, 1995.

2 Lechner, Norbert. *Idem*

3 García Canclini, Néstor. *Consumidores del siglo XXI, ciudadanos del XVIII*, en *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Editorial Grijalbo. México, 1995. Pág. 36

4 Safa, Patricia. *De las historias locales al estudio de la diversidad en las grandes ciudades: una propuesta metodológica*, en *Globalización e identidad cultural*. Rubén Bayardo, Mónica Lacarrieu, compiladores. Ediciones Circus. Buenos Aires, 1997.

5 Al respecto Lechner va a señalar que “la vida cotidiana” no es una categoría universal. “Cada grupo concibe su vida diaria en referencia tácita o explícita a otros grupos, asimilando o modificando, o aspirando lo que entiende por la vida cotidiana de aquellos”

6 Bourdieu, Pierre. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Editorial Taurus. Madrid, 1998.

7 Sobre este punto se puede ver –de Frutos, Susana; Guisasola, en el Anuario Marisa y Dalonso, José– *La construcción significativa de la noche*, en *Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación*, Año 1996/7, Volumen 2.

8 Respecto a ese caso puntual, un informante opinó que no hay que impedir una actividad económica (creadora de puestos de trabajo), al destacar que “faltó voluntad negociadora” para permitir que algunos negocios siguieran funcionando, pero sin afectar los derechos de los vecinos.

9 Álvarez, Gladys S. Y Highton, Elena I. *Desafíos actuales del movimiento de resolución alternativa de disputas*. En *Suplemento de Resolución de Conflictos. Mediación y otras alternativas*. La Ley, Editorial e Impresora. Buenos, 1996.

10 Safa, *Idem*.

